

Homilía

San Cayetano, el Santo de la Providencia

✠ Card. Mario A. Poli
Arzobispo de Buenos Aires

Viernes 7 de agosto 2020

El Patrono del pan y del trabajo

Lecturas: Si 2,7-13; Sal 111,1-2.3-4. 5-7a.7b-8. 9; Lc 12,32-34

Queridos devotos y amigos de San Cayetano: desde el corazón del Santuario, al que ustedes vienen a agradecer y pedir gracias, les damos la bienvenida para celebrar juntos la Santa Misa.

¡Sí, ya sé! No es lo mismo hacerlo por este medio, que encontrarnos cara a cara con el Santo del pan y del trabajo. Ustedes tienen razón: no es igual estar reunidos para celebrar y rezar juntos como lo hacemos el 7 de cada mes, y en especial, en el día en que San Cayetano pasó a formar parte de la comunión de los santos, cerca de Dios, para interceder por cada uno de nosotros.

Pero el sentido común de ustedes nos comprenderá, y entenderán que preferimos cuidarlos antes que corran algún peligro de contagio. Seguramente, el Buen Dios nos dará la oportunidad para que el santuario vuelva a abrir sus puertas a todos, y así puedan cumplir sus promesas, pero además, compartir la fe y la esperanza que nos mantiene en pie y nos anima a seguir caminando. Nos alegra tanto que el santo pueblo de Dios no dejó de acercar víveres y abrigos para los más pobres; es una prueba más de que la solidaridad siempre está latente en los amigos de San Cayetano, capaces de compartir lo poco que tienen.

El Papa que canonizó a Cayetano en 1671, junto a Santa Rosa de Lima y San Luis Beltrán, lo nombró Santo de la Providencia y Patrono del pan y del trabajo. Nada más conveniente para definir su vida, durante la cual no dejó de presentar a Dios como Padre providente de toda necesidad espiritual y material. Como estuvo cerca de los pobres y desamparados obreros de la estiba en el puerto de Nápoles, a esos hombres rudos les enseñó a confiar en Dios que nunca abandona a sus amigos, como reza el Salmo de esta liturgia: «Su generosidad permanecerá para siempre, y alzará su frente con dignidad». (Sal 111,9).

Cuando los devotos vienen a buscar al Patrono del pan y del trabajo, San Cayetano sabe presentar a Dios nuestras necesidades, para que se abra su corazón misericordioso y compasivo, perdone los pecados y nos salve en el momento de la aflicción (Si 2,11). Por eso, los peregrinos saben bien que la oración al Santo siempre es escuchada, como dice el sabio: «¿Quién lo invocó y no fue tenido en cuenta?» (Si 2,10).

Él es el Santo de la Providencia que nos infunde confianza cuando nos dice: «No tengas la menor duda de que, aunque todos los santos y creaturas te abandonasen, él siempre estará atento a tus necesidades»¹.

En la tierra bendita del pan, como dice una bella canción, hoy vamos a pedir que no falte lo necesario para una vida digna en todos los hogares, pero muy especialmente pediremos por los chicos y chicas pobres: más de siete millones², una realidad que nos avergüenza y nos humilla, porque sabemos que en la indigencia, la supervivencia se hace difícil y deja huellas, que no pocas veces marcan la vida entera.

Ante esta realidad —que los porcentajes de una fría estadística invisibiliza—, no podemos pasar indiferentes; de nada vale escandalizarnos. Nos debe mover la conciencia a quienes somos adultos, a los que tenemos alguna responsabilidad en la dirigencia de hoy; dejemos que nos golpee fuerte al corazón, porque está en juego la vida de los niños, adolescentes y jóvenes que nos sucederán. Ellos son hoy el verdadero tesoro de la Nación: no son cifras, son personas, sufren y lloran impotentes, y deben ser prioridad en las opciones preferenciales. Bien puede aplicarse lo que nos enseña Jesús en el Evangelio que proclamamos: «Allí donde tengan su tesoro, tendrán también su corazón» (Lc 12,34). Es la promisoría infancia que espera se legisle para la vida y nunca para la muerte de nadie; para que hoy y siempre haya trabajo, educación, justicia e igualdad de posibilidades para todos, en especial para los más postergados.

San Cayetano, vos que fuiste abogado y asumiste las causas justas de los pobres de tu época, ayúdanos a que siempre seamos solidarios con los más débiles y vulnerables, que también nosotros levantemos nuestra voz por sus causas. Vos que hiciste de la Misa diaria tu fuente de caridad y esperanza, que no falte en la vida de tus devotos el Pan que salva y el pan cotidiano que pedimos en el Padre Nuestro.

Desde este espacio sagrado elevamos nuestra oración para que Dios bendiga las manos de todos los trabajadores donde se encuentren: en el campo, el puerto, fábricas, talleres, oficinas y comercios; también, a todos los agentes de la seguridad pública, en fin, a todos los que honran la vida con su trabajo. Pensamos especialmente en los agentes de la salud (médicos, enfermeras y administrativos y personal de limpieza), a todos los que están al servicio de los enfermos. Que no les falten las fuerzas en estas jornadas que sabemos son agotadoras para todos ustedes; llegue esta bendición en especial a los que trabajan en los hospitales, las clínicas y los lugares donde son atendidos los afectados por la pandemia y por toda otra afección.

Sepan que rezamos por ustedes, los bendecimos, merecen todo nuestro respeto y cordial gratitud por el esfuerzo que hacen por sus semejantes.

¡Dios los bendiga y consuele!

¹ Carta a su sobrina Elisabet Porto.

² Informe de UNICEF del 5 de agosto 2020, Observatorio de la Deuda Social Argentina, Barómetro de la Deuda Social de la Infancia: *Condiciones de vida de la infancia pre-pandemia 2010-2019*, UCA, enero 2020.